

EL CENTENARIO DE UN GRAN PRELADO

Por Monseñor FELIX HENAO BOTERO

La apología de un gran sacerdote como el Señor Cayzedo, no se hace en el bronce, no obstante ser el gran Canónica su artífice; ni se dibuja en una biografía, ora extensa, ora intensa.

Hay personajes que trascienden el símbolo o superan la humana posibilidad de ser definidos en ensayos o panegíricos. El Señor Cayzedo es uno de aquellos valores esquivos por su grandeza y proceros en su vida, en el atardecer y en la estela indeleble de sus carismas y dones preclaros.

Ante todo fué un educador de sacerdotes para el apostolado y el amor al divino Redentor. Siendo por alcurnia y por méritos contraídos un gran señor, en su porte exquisito se reflejaba siempre el habitus sacerdotal. Quien lo escuchaba o tenía el placer de verlo en la cátedra sagrada, en las academias, en el ejercicio del ministerio o en los menesteres ordinarios, exclamaba por la fuerza de la aprehensión sensible: "ecce sacerdos magnus".

Quienes lo vimos pontificar o predicar en la Candelaria, conservamos un recuerdo indeleble de aquella figura llena de sobrenatural unción, dotada de la majestad hierática, de elegancia y sencillez incomparables, de un acopio caudaloso en la doctrina y un refinamiento castellano en la dicción, unido todo aquello a la interpretación ascética y al paternal estímulo. Su amor enardecido del Verbo de Dios y de la Madre de Jesús ponía calor en las almas e infundía valor en los débiles. Verlo pontificar! Toda aquella ceremonia era una escuela y un acto de fé. Algún sacerdote vallecaucano, compañero en el seminario y en el Pío Latino, estimó una vez en Roma, que tal vez la figura del Cardenal Merry del Val superaría al señor Cayzedo en la hierática dignidad de una pontifical; él mismo nos declaró, después de verlo oficial en San Pedro que el Señor Cayzedo se llevaba la excelencia.

Otro capítulo un tanto inédito de su vida, lo constituyen las clases de pastoral y urbanidad sacerdotales dictadas por varios lustros en el Seminario de Medellín. Los seminaristas escuchábamos aquellas voces de la sabiduría con silencio interior, las adoptábamos como normas, las paladeábamos en nuestros paseos y recreaciones y pro-

curábamos que ellas constituyesen meollo y entelequia de la sacerdotal conducta. Una clase del Sr. Cayzedo, como una conferencia de Monseñor Carrasquilla o una proclama de Monseñor Sierra, no se borrarán jamás de la conciencia y continúan dictándose ellas mismas en lo más profundo de nuestra personalidad.

El clero que le escuchaba las pláticas de ejercicios, preparadas en largas vigiliias y meditaciones, las retenía cuidadosamente en la tradición oral y no pocos sacerdotes procuraban escribirlas como modelo de predicación y consuelo sacerdotal. Estas pláticas iban derecho al corazón del sacerdote y lo llenaban de esperanza. Palpaban ellos en aquellas espléndidas exposiciones sagradas el amor encendido al Hijo de Dios y el paternal amor sacrificado a los sacerdotes que le confiara el Padre de las luces. "Nemo Tam Pater!"

Y qué cuidados solícitos con los sacerdotes ancianitos o con aquellos levitas sencillos y tímidos que pasaron muchos años en las remotas comarcas de la arquidiócesis. Fuimos numerosos los testigos presenciales de su exquisito tacto para estimularlos en sus maravillosas pastorales, en el trato con ellos, en su desprendimiento y largueza. Frecuentes eran sus visitas a los sacerdotes enfermos. Y las cartas que escribió para consolarlos en la orfandad, para alentarlos si padecían, para colocarlos temporalmente al lado de la madre enferma o del padre adolorido, andan por ahí guardadas con filial cariño y sacerdotal consuelo.

Don de mando y don de gentes conjugados en una categoría superior adornaron al Señor Cayzedo. Prelados de todo el país y sacerdotes de dentro y fuera del departamento, le consultaron instantemente en graves problemas del ministerio sacerdotal. Su voz, prudente y sabia, era tenida como una norma y como un axioma en la conducta pastoral. Hasta el propio Señor Herrera, Primado excelentísimo, quiso compartir con él decisiones y programas, por haber conocido más que nadie el equilibrio mental, la discreción, la fortaleza y el espíritu de sobrenatural consejo del entrañable amigo y hermano en la Jerarquía.

Poseía el valor moral de rectificar y aun de pedir perdón a un sacerdote, o a un subalterno, cuando por su carácter o por falta de más estricta información hubiera podido causar algún desánimo. Unas carticas suyas, de su puño y letra, llenas de discreta ternura, ponían el bálsamo sobre la herida y el óleo sobre la cicatriz. Una de aquellas epístolas memorables, era para el sacerdote un estímulo por su delicadeza y ternura.

De su patriotismo hablan los hechos preclaros: cuando los imperialistas segregaban a Panamá, su voz episcopal resonó en el ambiente nacional como la del Cardenal Mercier ante las botas prusianas invasoras; cuando, en la Basílica Primada, reivindicó el espíritu y las proezas de España colonizadora y las sobrepuso a los métodos sajones, soportó valerosamente las iras de un diplomático resentido, los insultos insolentes de una prensa anticlerical y la susceptibilidad irreflexiva de no pocas gentes del altiplano. Sin embargo sostuvo sus tesis que son las mismas que están exponiendo eruditos sajones contemporáneos, v. gr. Lewis Hanke, desde las aulas de la biblioteca nacional

de la capital norteamericana; cuando los enemigos de las instituciones cristianas salían a la palestra con ardides para causar confusión en la heredad espiritual, Monseñor Cayzedo lanzaba sus proclamas o sus exquisitas pastorales con evidentes resultados. Uno de ellos era la agrupación de los valientes en torno a su figura de verdadero conductor. Con el modernismo fué implacable. Y lo fué con los errores aparecidos en revistas, en la prensa, en las cátedras, o en las mismas parcelas del Señor. Tocóle ver en sus manos temblorosas de emoción, la rectificación oportuna y leer con llanto algunos planfletos injuriosos a su sagrada persona o a la Iglesia de Dios.

Su última gran oración fué pronunciada en el Congreso Eucarístico de Medellín, ante la veneración de los pastores, el sobrecoigido y reverenciado amor del clero nacional y la emoción incontinida de las muchedumbres que le escucharon su tenue voz "porque una luz se apagaba", en el glorioso ocaso de su vida.

El Seminario Conciliar edificado por él, la creación de numerosas parroquias, la fundación de la Acción Social, la intensificación de los Ejercicios en Medellín, en la arquidiócesis, en los barrios, en las cárceles y en las fábricas; el estímulo a devociones tan intensas aquí como las del rosario cotidiano y los primeros viernes, el apoyo a las vocaciones sacerdotales, las normas de una predicación saludable, la iniciación y estudio de las encíclicas sociales, el control de la enseñanza religiosa en la educación, el empeño indeficiente por la prosperidad de los colegios católicos, la permanente ayuda a la obra de San Vicente de Paúl, el refloramiento de los estudios y controversias teológicas en el Seminario, la escogencia en los párrocos y capitulares, el ataque al nuevo paganismo, la delicadeza con los seminaristas pobres, el combate a la masonería, al protestantismo y al laicismo político, social o de cátedra; el amor paternal a los campesinos, el estímulo a "El Obrero Católico" y a la prensa católica, fundaciones de beneficencia en favor de los huérfanos, de los caídos, de los martirizados por la vida, la protección a las casas de los labriegos. Todo ello y mucho más fué el programa vivido, sentido, realizado, "ad majorem Dei gloriam".

Antes de partir fué enterado de la fundación de la Universidad Católica Bolivariana. Le envió su óbolo y la paternal bendición.

Cuando se fué, dejando una estela de virtudes, lloraron las campanas y se arrodillaron las almas.